

En este sentido, Matthew d'Ancona adopta nuevamente posturas realistas, derivadas de su observación minuciosa del funcionamiento de la sociedad. Así, sabedor de que las nuevas generaciones se informan a través de Internet, resulta fundamental que aquellas sean capaces de seleccionar las noticias verdaderas: «la tendencia de algunos maestros a considerar Internet como un recurso de segunda categoría no es acertada. Para la generación que ahora va al colegio, Internet es el único recurso relevante (...) Una de las tareas centrales de la educación primaria –no de la secundaria– debería consistir en enseñar a los niños y niñas a seleccionar y discriminar entre el torrente digital» (p. 137).

Desarrollar políticas públicas sensatas, lo cual nada tiene que ver con limitar la libertad de expresión, constituye otra de las herramientas decisivas. A modo de ejemplo, señala que en la Cámara de los Comunes se ha puesto en marcha un comité para investigar las *fake news* y su influencia nociva en la democracia. Se trata de una iniciativa oportuna, pero siempre teniendo presente que no basta con la intervención del Estado, sino que se precisa obligatoriamente de una participación activa de la ciudadanía.

---

## **Ilustración, humanismo y revolución tecnológica**

DOI: [doi.org/10.24241/rcai.2020.124.1.201](https://doi.org/10.24241/rcai.2020.124.1.201)

Jordi Quero Arias  
*Profesor de Relaciones Internacionales, CEI International Affairs*

Pinker, Steven  
**En defensa de la Ilustración: Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso**

Paidós, 2018  
741 págs.

Susskind, Jamie  
**Future Politics: Living Together in a World Transformed by Tech**

Oxford University Press, 2018  
516 págs.

El fenómeno de la desinformación solo es posible al convivir dos realidades paralelas. Por un lado, un creciente descrédito social de pilares ilustrados como la razón crítica, el conocimiento científico o el humanismo. El abandono de los valores de la modernidad por parte de amplios sectores de la sociedad está detrás de la dificultad de discernir entre la realidad objetiva y las falacias instrumentales de aquellos que pretenden llevar al engaño. Por el otro, un avance tecnológico que permite la producción de, y el acceso a, la información a casi cualquiera con un *smartphone* en sus manos. Solo la nueva accesibilidad masiva a las redes ha hecho posible que los relatos falsos puedan exten-

derse tanto como para poner en jaque pilares fundamentales de nuestras sociedades.

Vivimos en sociedades donde el descredito a la razón, la ciencia o el humanismo están cada vez más presentes. El nuevo libro del psicólogo experimental Steven Pinker, *En defensa de la Ilustración*, es una apología desacomplejada de estos fundamentos de la modernidad y una denuncia frente a los contrailustrados y los progresofóbicos pesimistas que inundan hoy nuestras conversaciones —e instituciones—. Doscientos cincuenta años después del inicio de la Ilustración, el autor hace una exitosa y accesible reivindicación de sus éxitos y principios. Su punto de partida es que nos hemos acostumbrado a todo lo bueno que ha traído la revolución científica y humanista. Las consecuencias positivas del progreso se dan demasiadas veces por sentadas, llevándonos a no prestar atención suficiente a la prosperidad gestada en los últimos tres siglos.

El libro, cabe aclarar, es muchas cosas a la vez. Es un recorrido analítico por la matrisca rusa del pensamiento ilustrado: razón, ciencia, humanismo, cosmopolitismo, progreso, buen gobierno, prosperidad, mercado y paz. Con una cierta vocación enciclopédica, Pinker expone también infinidad de datos tremendamente interesantes que vindican los extraordinarios avances en materias como la esperanza de vida, la reducción de la enfermedad y la mortalidad prematura, la lucha contra el hambre, la riqueza de la que disponemos, la disminución de la violencia, el progreso en materia de derechos civiles y políticos, o el aumento en la calidad de vida y la felicidad con la que recorreremos nuestra

existencia. El libro es también un argumentario contra populistas, reaccionarios, nacionalistas, creyentes en cualquier Dios y cualquier otro que se aleje de la razón y la lógica. Hay momentos donde incluso roza un tratado de filosofía moral sobre cómo los seres humanos deberían relacionarse entre sí en la construcción de un mundo cosmopolita.

Pero ese optimismo, quizás, engendra el mayor pero de la obra, que no es otro que despachar las desigualdades actuales de una manera demasiado prosaica. La visión del autor es que el conjunto de la humanidad vive hoy mejor que nunca y que aquellos que hoy sufren lo hacen en menor medida que los que padecían ayer. El problema es con quién se comparan. Los desdichados no pueden, ni deberían, examinar su situación en relación con sus semejantes de ayer, y sentirse entonces afortunados porque sus desgracias son menores que las de los que vivían antaño. Es legítimo que se pregunten por qué los provechos del progreso actuales no llegan a todos de la misma forma. Además, no se puede pasar eso por alto si se pretende entender algunas de las causas más profundas detrás de la desconfianza en los valores que el libro ensalza.

Pinker nos propone de esta forma una vacuna contra la angustia y el pesimismo frente al futuro. Si no nos dejamos alejar de los valores que han engendrado el período de mayor prosperidad de la humanidad, y no renunciamos a defenderlos y reivindicarlos cuando sea necesario, disponemos de enteros suficientes para hacer frente a los retos venideros; aunque sean tan imponentes como la crisis del clima, el cuestio-

namiento de la democracia representativa o las consecuencias de la revolución tecnológica.

En un artículo en 2019, precisamente, el *The Economist* afirmaba que «las preocupaciones contemporáneas sobre el impacto de la tecnología son parte de un patrón histórico». Los cambios parecen dar siempre miedo; si tienen que ver con la tecnología, todavía más. El debate público está plagado de referencias catastrofistas que ven en la tecnología una suerte de *deus ex machina* pernicioso (nunca mejor utilizada la expresión). Sin entender los pormenores de los cambios tecnológicos venideros, ni tan siquiera pretenderlo, son muchos los que parecen sufrir un síndrome de Sarah Connor y profetizan las grandes amenazas que nos aguardan en el horizonte más inmediato.

Jamie Susskind viene a corregirlo. Su monografía *Future Politics* es una reflexión informada, producida por un autor tan diestro en la filosofía política del Wittgenstein como en los más complejos algoritmos de *big data*. Sin alarmas infundadas y con una vocación clarísimamente didáctica, Susskind ofrece argumentos para separar el grano de la paja y poder nos hacer una mejor idea de cuáles son los verdaderos retos que el avance tecnológico puede suponer para nuestras relaciones sociales y políticas.

El resultado no es uno de los mundos pensados por Issac Asimov o Ursula K. Le Guin. Pero tampoco una cornucopia. Los cambios serán profundos y afectarán no solo a la realidad material sino a nuestros ideales y convicciones más profundas. Sus resultados más visibles serán unos sistemas

y dispositivos tecnológicos cada vez más hábiles, que llegarán a superar las capacidades de los seres humanos en ámbitos concretos de actividad; una tecnología plenamente integrada en el entorno y omnipresente incluso en nuestros cuerpos; y una sociedad plenamente cuantificada, con mecanismos de compilación y análisis de datos que comprenderán la totalidad de la realidad.

Su traducción en el ámbito político es múltiple. Nuestra libertad se verá aumentada, ya que podremos hacer cosas que hasta ahora no podíamos. Pero existirán así mismo mayores capacidades de ejercicio de control sobre toda nuestra actividad. La democracia podrá ser más directa y participativa, pero también más controlada. La justicia social estará más cerca, si conseguimos algoritmos de distribución óptima de bienes comunes, o más lejos, si permitimos que el acceso a la tecnología y sus regalías marque una nueva frontera de la desigualdad.

Pero el riesgo transversal más importante que sugiere el libro no es una novedad: como cualquier otra fuente de poder, la tecnología corre el riesgo de engendrar una élite endogámica que la controle y tome decisiones que afecten profundamente a cómo vivimos y nos relacionamos el resto de los seres humanos. La solución, según el autor, pasaría por usurpar el monopolio de las decisiones al reducido grupo de gurús de Silicon Valley para resituarlo en el espacio público. Eso quiere decir una mayor transparencia sobre quién y cómo se toman las decisiones detrás de la gestión tecnológica, y una separación de poderes digitales —que impida la acumulación de

capacidades en unas únicas manos—.

Una gran lección que transmite Susskind es precisamente que solo un conocimiento profundo de lo que está sucediendo —y lo que está por venir— nos podrá permitir decidir como sociedad hacia dónde pretendemos encaminarnos. La tecnología siempre será lo que queramos nosotros que sea. Y es ahí donde reside el valor de una lectura conjunta de los dos libros reseñados, donde los dos autores dialogan de forma más directa. La razón, el humanismo y el progreso inclusivo y transversal siguen siendo quizás nuestros mejores anclajes en base a los cuales tomar una decisión sobre el futuro que queremos.

---

## **Posverdad: la demagogia en el siglo XXI**

DOI: [doi.org/10.24241/rcai.2020.124.1.204](https://doi.org/10.24241/rcai.2020.124.1.204)

Núria Reguero Jiménez  
*Investigadora, Institut de Govern i  
Polítiques Públiques (IgoP-UAB)*

Flamarique, Lourdes y Carbonell,  
Claudia (eds.)

### **La posverdad o el dominio de lo trivial**

Ediciones Encuentro, 2019  
402 págs.

La posverdad o el dominio de lo trivial compila una veintena de ensayos ofreciendo numerosas perspectivas y una aproximación multidisciplinar a la crisis de la verdad. Los aportes de la filosofía clásica y medieval son uno de los pilares de la obra, donde encontramos también reflexiones alrededor de las tesis de Heidegger, Rilke, Arendt y Habermas, entre otros filósofos contemporáneos. Destinado al lector entendido en filosofía, el libro no escapa a la crítica de la propia disciplina al tiempo que se formulan propuestas de avance. La primera parte, «El marco político-cultural del debate en torno a la posverdad», delinea el contexto social del renovado interés por la verdad. La segunda, «Recuperando argumentos de tradición filosófica», reúne los principales argumentos filosóficos sobre el tema.